

LOS MALES DE LA INDIA Y LAS AFLICCIONES DE INGLATERRA

Volumen 1 – Sermón No. 150

Traducción: estudialapalabra.org

SERMÓN PREDICADO LA MAÑANA DEL DOMINGO

6 DE SEPTIEMBRE DE 1857,

POR CHARLES HADDON SPURGEON,

THE MUSIC HALL, ROYAL SURREY GARDENS.

"¡Oh, si mi cabeza se hiciese aguas, y mis ojos fuentes de lágrimas, para que llore día y noche los muertos de la hija de mi pueblo!"

Jeremías 9:1

A veces las lágrimas son cosas básicas. Hijas de un espíritu cobarde. Algunos hombres lloran cuando deberían fruncir el ceño y muchas mujeres lloran cuando deberían resignarse a la voluntad de Dios. Muchas de esas gotas salobres no son más que una expresión de debilidad infantil. Estaría bien si pudiéramos enjugarnos esas lágrimas y enfrentar un mundo de ceño fruncido con un semblante constante. Pero muchas veces las lágrimas son el índice de fuerza. Hay períodos en que son las cosas nobles del mundo. Las lágrimas de los penitentes son preciosas: una copa de ellas valdría el rescate de un rey. No es señal de debilidad cuando un hombre llora por el pecado, muestra que tiene fortaleza mental; más aún que tiene fuerza impartida por Dios, que le permite renunciar a sus deseos y vencer sus pasiones, y volverse a Dios con pleno propósito de corazón.

Y hay otras lágrimas, también, que no son evidencias de debilidad sino de poder: las lágrimas de tierna simpatía son las hijas de un fuerte afecto y son fuertes como sus padres. El que mucho ama, debe llorar mucho, mucho amor y mucho dolor deben ir juntos en este valle de lágrimas. El corazón sin sentimientos, el espíritu sin amor, puede pasar desde el portal de la tierra hasta su límite máximo casi sin un suspiro excepto para sí mismo, pero el que ama ha cavado tantos pozos de lágrimas cuantos objetos de afecto ha elegido. Porque por cuantos se multiplican nuestros amigos, por tantos se deben multiplicar también nuestros dolores, si tenemos suficiente amor para compartir sus dolores y llevar su carga por ellos.

El hombre de corazón más grande extrañará muchas penas que el hombre pequeño sentirá, pero tendrá que soportar muchas penas que el pobre espíritu de mente estrecha nunca conoce. Se necesita un profeta poderoso como Jeremías para llorar tan poderosamente como él. Jeremías no se debilitó en su llanto. La fuerza de su mente y la fuerza de su amor fueron los padres de su dolor. "¡Oh, si mi cabeza se hiciese aguas y mis ojos fuentes de lágrimas, para

llorar día y noche los muertos de la hija de mi pueblo!" Esta no es una expresión de sentimentalismo débil. Esta no es una expresión de mera presencia quejumbrosa. Es el estallido de un alma fuerte, fuerte en su afecto, fuerte en su devoción, fuerte en su auto sacrificio. Ojalá supiéramos llorar así. Y si no pudiéramos llorar con tanta frecuencia como Jeremy, desearía que cuando lloramos, lloráramos también.

Parecería como si algunos hombres hubieran sido enviados a este mundo con el propósito mismo de ser los llorones del mundo. La gran casa de Dios está completamente equipada con todo. Todo lo que puede expresar los pensamientos y las emociones del habitante, Dios lo ha hecho. Encuentro en la naturaleza que las plantas son eternas lloronas. Allí junto al arroyo solitario, donde la doncella desechó su vida, el sauce llora para siempre. Y allí, en el cementerio donde los hombres yacen dormidos hasta que la trompeta del arcángel los despierte, se encuentra el ciprés opaco, lamentándose en sus vestiduras sombrías.

Ahora bien, como sucede con la naturaleza, sucede con la raza del hombre. La humanidad tiene valentía y audacia, debe tener sus héroes para expresar su coraje. La humanidad tiene algo de amor por sus semejantes. Deben tener sus buenos filántropos para vivir la filantropía de la humanidad. Los hombres tienen sus penas, deben tener sus llorones. Deben tener hombres de dolores que tengan como su vocación y su negocio, llorar, desde la cuna hasta la tumba para estar siempre llorando, no tanto por ellos mismos como por las aflicciones de los demás. Puede ser que tenga algo así aquí. Estaré encantado de contar con sus simpatías. Y en verdad, si no tengo ninguno de esa raza, apelaré audazmente a toda la masa de ustedes y traeré ante ustedes causas de gran dolor.

Y cuando os pido por el amor que tenéis al hombre ya su Dios que comencéis a llorar, si tenéis lágrimas, estos tiempos difíciles os obligarán a derramarlas ahora. Ven, déjame mostrarte por qué he tomado este como mi texto y por qué he pronunciado este lenguaje lúgubre. Y si vuestros corazones no están tan impasibles como la piedra, seguro que alguna lágrima debería derramarse esta mañana. Porque si no soy necio en mis palabras y débil en mi habla, irás a tu casa a tus aposentos para llorar allí. "¡Oh, si mi cabeza se hiciese agua y mis ojos una fuente de lágrimas, para que yo pudiera llorar día y noche por los muertos de la hija de mi pueblo!" Quiero sus dolores esta mañana, primero, por las personas realmente muertas: "los muertos de la hija de nuestro pueblo". Y luego necesitaré tus lágrimas por los muertos moralmente, "los muertos de la hija de nuestro pueblo".

1. Para empezar, con ASESINATO REAL Y VERTIDO DE SANGRE REAL. Mis hermanos, nuestros corazones están enfermos al borde de la muerte con las terribles noticias que nos traen correo tras correo, telégrafo tras telégrafo. Hemos leído muchas cartas del Times, día tras día, hasta que doblamos ese papel y declaramos ante Dios que no podíamos leer más. Nuestros espíritus han sido atormentados por la más temible e inesperada crueldad. Es

posible que nosotros no hayamos estado personalmente interesados en el derramamiento de sangre, en lo que respecta a nuestros propios esposos, esposas, hermanos y hermanas, pero hemos sentido el lazo de parentesco con mucha fuerza cuando encontramos a nuestra raza tan cruelmente masacrada en la tierra del Este.

Nos corresponde a nosotros hoy humildemente confesar nuestro crimen. El gobierno de la India ha sido un gobierno cruel. Tiene mucho por lo que comparecer ante el tribunal de Dios. Sus torturas, si se cree en la mejor evidencia, han sido de la clase más inhumana. Dios perdone a los hombres que han cometido tales crímenes en nombre británico. Pero esos días han pasado. Que Dios borre el pecado. No olvidamos nuestra propia culpa. Pero un sentimiento abrumador de la culpa de otros que han atormentado a hombres y mujeres con una crueldad tan fría de corazón, bien puede excusarnos si no nos dilatamos en el tema.

¡Pobre de mí! ¡ay, para nuestros hermanos allí! Ellos han muerto. ¡Ay de ellos! Han sido asesinados por la espada de la traición y asesinados a traición por hombres que juraron lealtad. ¡Ay de ellos! Pero, oh soldados, no lloramos por vosotros. Incluso cuando fuiste torturado, no tuviste que soportar ese gran deshonor al que el otro sexo se ha visto obligado a someterse. ¡Oh Inglaterra! Llorad por vuestras hijas con amargo llanto. Deja que tus ojos corran ríos de sangre por ellos. Si hubieran sido aplastados dentro de los pliegues de la espantosa boa, o si los colmillos del tigre hubieran estado rojos con su sangre, ¡feliz hubiera sido su destino comparado con las indignidades que han soportado!

¡Oh Tierra! Has contemplado crímenes que la antigüedad no pudo igualar. Has visto la lujuria bestial satisfecha en los más puros y mejores de los mortales. ¡Las criaturas más bellas de Dios manchadas, aquellos amados que no podían tolerar el nombre de lujuria, entregados a los abrazos de los demonios encarnados! ¡Llora, Gran Bretaña, llora, llora por tus hijos y por tus hijas! Si tienes el corazón frío ahora, si lees la historia de la infamia ahora sin una lágrima, ¡no eres una madre para ellos! Seguramente tu corazón debe haberte fallado, y te has vuelto menos amoroso que tus propios leones y menos tierno que las bestias de presa, si no lloras por la doncella y la esposa.

Hermanos, no estoy forzando la historia. No pretendo ser patético donde no hay patetismo. No. Mi tema en sí mismo es todo patetismo. Es mi pobre manera de hablar lo que lo estropea. Hoy no tengo que hacer el papel de orador, adornar lo que antes no era nada. No tengo que magnificar las pequeñas penas; más bien siento que todas mis declaraciones no hacen más que disminuir la aflicción que todo hombre reflexivo debe sentir. ¡Oh, cómo han sido desgarrados nuestros corazones, cortados en pedazos, derretidos en el fuego! Se ha apoderado de nosotros la agonía y el dolor indecible, cuando, día tras día, nuestras esperanzas han sido defraudadas y hemos oído que aún el rebelde brama en su furor, y aún con poder despótico hace lo que le place con los hijos e hijas, los esposos y las esposas de Inglaterra.

¡Llorad, cristianos, llorad! ¿Y me preguntas de qué te servirá tu ojo lloroso para pedirte que llores hoy, porque el espíritu de venganza se está reuniendo? La ira de Gran Bretaña se agita. ¡Una nube negra se cierne sobre la cabeza de los cipayos amotinados! Su destino será el más espantoso, su destino el más tremendo, cuando Inglaterra golpee a los asesinos, como debe hacer. ¡Debe haber un castigo judicial promulgado sobre estos hombres, tan terrible que la tierra temblará y ambos oídos de aquel que lo escuche zumbarán! Me inclino, si puedo, a esparcir algunas lágrimas refrescantes sobre los fuegos de la venganza.

No, no, no nos vengaremos de nosotros mismos. "Mía es la venganza, yo pagaré, dice el Señor". Que los soldados británicos no empujen a sus enemigos a la destrucción a través de un espíritu de venganza. Como hombres, que lo hagan como verdugos designados de la sentencia de nuestras leyes. Según el código civil de todos los países bajo el Cielo, estos hombres están condenados a morir. No como soldados debemos hacer la guerra contra ellos, sino como malhechores debemos ejecutar la ley sobre ellos. ¡Han cometido traición contra el gobierno y solo por ese crimen la condenación es la muerte! Pero son asesinos y para bien o para mal, nuestra ley es que el asesino debe morir la muerte. Dios debe hacer que este enorme pecado sea castigado y aunque no sentiríamos venganza como británicos, sin embargo, por el bien del gobierno, el gobierno establecido de Dios en la tierra.

Durante mucho tiempo he sostenido que la guerra es un crimen enorme. Durante mucho tiempo he considerado todas las batallas como asesinatos a gran escala, pero esta vez, yo, un hombre pacífico, un seguidor del pacífico Salvador, propongo la guerra. No, no es la guerra lo que propongo sino un castigo justo y adecuado. No ayudaré ni alentará a los soldados como guerreros, sino como ejecutores de una sentencia legítima que debería ser ejecutada sobre hombres que, por el doble crimen de infame libertinaje y terrible derramamiento de sangre, han atraído sobre sí mismos la prohibición y la maldición de Dios. Deben ser castigados, o la verdad y la inocencia nunca podrán caminar sobre esta tierra.

Por regla general, no creo en la utilidad de la pena capital, pero el crimen ha estado acompañado de toda la horrible culpa de las ciudades de la llanura y es demasiado bestial para soportarlo. Pero, aun así, digo, enfriaría la venganza de los británicos y, por lo tanto, los invitaría a llorar. Hablas de venganza, pero no conoces a los hombres con los que tienes que tratar. Muchas publicaciones pueden llegar y muchos meses correr alrededor, muchos años pueden pasar antes de que oigas de la victoria sobre esos hombres feroces. No seas demasiado orgulloso. Inglaterra habló una vez de sus grandes hazañas y desde entonces ha sido humillada. Puede que vuelva a aprender que no es omnipotente. Pero vosotros, pueblo de Dios, llorad, llorad este pecado que se ha desatado, llorad este Infierno que ha llegado a la tierra.

Vayan a sus aposentos y clamen a Dios para que detenga este derramamiento de sangre. Seréis los salvadores de vuestra nación. No descansamos en las bayonetas de los soldados británicos sino en las oraciones de los cristianos británicos. Corran a sus casas, arrodíllense, láméntense amargamente por este pecado desesperado. ¡Y luego clama a Dios que te salve! Recuerda, Él escucha la oración, la oración mueve el brazo del Omnipotente. Proclamemos un ayuno. Reunámonos en asamblea solemne. Clamemos poderosamente a Él. Pidámosle al Dios de los ejércitos que se vengue. Pidámosle que envíe la luz del Evangelio a la tierra, para que tal crimen sea imposible una segunda vez. Y esta vez, para dejarlo para que nunca tenga la oportunidad de soltarse de nuevo.

No sé si nuestro gobierno proclamará un ayuno nacional. Pero estoy seguro de que es hora de que cada cristiano celebre uno en su propio corazón. Os pido a todos vosotros con quienes mi palabra tiene un átomo de respeto. Si mi exhortación tiene una palabra de fuerza, te exhorto a pasar un tiempo especial en oración en este momento. Oh, amigos míos, no podéis oír los gritos, no habéis visto los rostros aterrorizados, no habéis visto a los fugitivos que vuelan. Pero puedes imaginártelos en tu mente, y debe ser maldito el que no ora a Dios y eleva su alma en oración ferviente, para que Él se complazca ahora en poner Su escudo entre nuestros compañeros de súbditos y sus enemigos.

Y ustedes, especialmente, los representantes de muchas congregaciones en varias partes de esta tierra, no den descanso a Dios hasta que a Él le plazca moverse. Haz de este tu clamor: "Levántate, Señor, Dios nuestro, y sean esparcidos tus enemigos, y sean como grasa de carneros todos los que te aborrecen". Así Dios, a través de sus oraciones, quizás establezca la paz y reivindique la justicia y, "Dios, nuestro propio Dios, nos bendicirá y eso desde temprano".

2. Pero ahora tengo una razón mayor para tu dolor, una fuente de dolor más ignorada y, sin embargo, más terrible. Si la primera vez lo dijimos con voz quejumbrosa, debemos decirlo por segunda vez aún más quejumbrosamente: "¡Oh, si mi cabeza se hiciese agua y mis ojos una fuente de lágrimas, para que yo llorara día y noche!" POR LOS MORALMENTE MUERTOS de la hija de mi pueblo.

El viejo adagio sigue siendo cierto: "La mitad del mundo no sabe nada acerca de cómo vive la otra mitad". Una gran proporción de ustedes, cristianos profesantes, han sido educados respetablemente. Nunca en vuestra vida habéis sido los visitantes de las guaridas de la infamia. Nunca has frecuentado los lugares predilectos de la maldad y sabes muy poco de los pecados de tus semejantes. Tal vez sea bueno que permanezcas tan ignorante como eres, porque ser ignorante es estar libre de tentación. Sería una locura ser sabio. Pero hay otros que se han visto obligados a ver la maldad de sus semejantes. Y un maestro público, especialmente, está obligado a no hablar de meras habladurías, sino a saber de fuentes auténticas cuál es el espíritu de los tiempos.

Es nuestro negocio mirar con ojos de águila a través de cada parte de esta tierra y ver qué crimen está rampante, qué tipo de crimen y qué tipo de infamia. Ah, mis amigos, con todo el avance de la piedad en esta tierra, con todos los signos esperanzadores de tiempos mejores, con toda la luz del sol de la gloria anunciando la mañana venidera, con todas las promesas y con todas nuestras esperanzas, todavía estamos obligados a ofrecer lloras porque el pecado abunda y la iniquidad es aún poderosa. ¡Oh, cuántos de nuestros hijos e hijas, de nuestros amigos y parientes son asesinados por el pecado! Lloras sobre los campos de batalla, derramas lágrimas en las llanuras de Balaklava. Hay peores campos de batalla que allí y peores muertes que las que inflige la espada.

¡Ay, llora la embriaguez de esta tierra! ¡Cuántos miles de nuestra raza se tambalean desde nuestros palacios de pecado hacia la perdición! Oh, si las almas de los borrachos difuntos pudieran ser vistas en este momento por los cristianos de Gran Bretaña, temblarían. ¡Levantad vuestras manos con dolor y comenzad a llorar! ¡Mi alma podría ser un Niobe eterno, derramando perpetuamente lluvias de lágrimas, si pudiera conocer el destino y la destrucción que ese demonio único y solo ese demonio trajo sobre ellos! No soy un entusiasta, no soy un abstemio total; no creo que la cura de la embriaguez de Inglaterra venga de ese lado. Respeto a los que así se niegan a sí mismos, con miras al bien de los demás, y debo alegrarme de creer que cumplen su objeto.

Pero, aunque no soy un abstemio total, odio la embriaguez tanto como cualquier hombre que respire, y he sido el medio por el que muchas pobres criaturas han renunciado a esta indulgencia bestial. Creemos que la embriaguez es un crimen terrible y un pecado horrible. Observamos todos sus terribles efectos y estamos preparados para ir a la guerra con él y luchar codo a codo con los abstencionistas, aunque podamos diferir de ellos en cuanto al modo de hacer la guerra. ¡Ay, Inglaterra! ¡Cuántos miles de vuestros hijos son asesinados cada año por ese maldito demonio de la embriaguez, que tanto dominio tiene sobre esta tierra!

Pero también hay otros delitos. ¡Ay, por ese crimen de libertinaje! ¡Qué escenas ha visto la luna cada noche! Dulcemente brilló anoche. Los prados parecían como si estuvieran plateados con belleza cuando ella brillaba sobre ellos. Pero, ¡ah, qué pecados se cometieron bajo su pálido dominio! ¡Oh, ¡Dios, solo Tú lo sabes, nuestros corazones podrían enfermarse y de hecho podríamos clamar por “una cabaña en algún vasto desierto”, si hubiéramos visto lo que Dios vio cuando miró hacia abajo desde el cielo iluminado por la luna! Me dices que los pecados de ese tipo son comunes en la clase baja de la sociedad. Ay, lo sé. ¡Ay, cuántas muchachas se han arrojado al río para quitarse la vida, por no haber podido soportar la infamia que le fue traída!

Pero no expliquéis esto a los pobres. La infamia y el pecado de nuestras calles no

comienzan con ellas. Comienza con los rangos más altos, con lo que llamamos las clases nobles de la sociedad. Los hombres que se han contaminado a sí mismos y a otros estarán en nuestros senados y caminarán entre nuestros pares. ¡Los hombres cuyo carácter no es digno, es una vergüenza hablar incluso de las cosas que hacen en secreto, son recibidos en los salones y en los salones de la alta sociedad, mientras que la pobre criatura que ha sido víctima de sus pasiones son abucheadas y desechadas! Oh Señor Dios, solo Tú conoces los terribles estragos que ha causado este pecado.

Dios mío, los labios de tu siervo no pueden decir más que esto: ha ido al borde de su pronunciación, siente que no tiene más licencia en su discurso, aún puede exclamar: "¡Oh, si mi cabeza se volviera aguas y mis ojos una fuente de lágrimas, para que lloré día y noche por los muertos de la hija de mi pueblo!" Si ha caminado por el hospital, si ha visto los refugios, si ha hablado con los internos, y si conoce la gigantesca extensión de ese enorme mal, bien puede simpatizar conmigo cuando digo que al pensar en ello mi espíritu está completamente abatido. Siento que preferiría morir que vivir mientras el pecado reine y la iniquidad se propague.

Pero, ¿son estos los únicos males? ¿Son estos los únicos demonios que están devorando a nuestra gente? ¡Ah, ojalá así fuera! He aquí, por toda esta tierra cómo van cayendo los hombres por todo pecado, disfrazado como está bajo la forma del placer. ¿Habéis visto alguna vez, como de un lejano viaje de regreso a vuestras casas a medianoche, las multitudes de personas que salen de los casinos, de los teatros bajos y de otras casas de pecado? Yo no frecuento esos lugares, ni desde la más tierna infancia he pisado esos pisos, pero, de la compañía que he visto salir de estos antros, sólo pude levantar mis manos y rogar a Dios que cerrara tales lugares.

Parecen ser las puertas del Infierno y sus puertas, como bien dicen ellos mismos: "Conducen al abismo". ¡Ah, que Dios se complazca en levantar muchos que amonesten a esta ciudad y llamen al pueblo cristiano de día y de noche, "por los muertos de la hija de nuestro pueblo"! Cristianos, nunca dejéis de llorar por los pecados e infamias de los hombres. Hay pecados de día. El propio día de Dios, este día, está profanado, roto en pedazos y pisoteado. Hay pecados cometidos cada mañana y pecados cada noche. Si pudieras verlos, nunca podrías ser feliz. Si pudieras caminar en medio de ellos y contemplarlos con tus ojos, si Dios te diera gracia, podrías llorar perpetuamente, porque siempre tendrías motivos para afligirte. "¡Oh, si mi cabeza se hiciese agua y mis ojos una fuente de lágrimas, para que yo pudiera llorar día y noche por los muertos de la hija de mi pueblo!"

Pero ahora debo agregar algo que se aplicará más particularmente a usted. Quizás tengo muy pocos aquí que se entregarían al pecado abierto y conocido. Tal vez la mayoría de ustedes pertenezcan a la clase buena y afable que tiene todo tipo de virtudes y de quienes se debe

decir: "Una cosa te falta". Mi corazón nunca se siente tan afligido como al verte. Cuántas veces he sido agasajado con la mayor cortesía y hospitalidad, como siervo del Señor, en las casas de hombres y mujeres cuyo carácter es sumamente excelente. Tienen todas las virtudes que podrían adornar a un cristiano, excepto la fe en el Señor Jesucristo. Podrían presentarse como los mismos espejos y patrones para ser imitados por otros. Cómo se ha afligido mi corazón cuando he pensado en estos, aún indecisos, aún impíos, sin oración y sin Cristo.

Tengo a muchos de ustedes en esta congregación hoy, no podría señalar un solo defecto en su carácter; son escrupulosamente correctos en su moral. Pero ¡ay, ay, ay de vosotros, que aún estéis muertos en vuestros delitos y pecados porque no habéis sido renovados por la gracia divina! Tan encantador y sin embargo sin fe. Tan bella, tan admirable y sin embargo no convertida. Oh Dios, cuando mueren los borrachos, cuando perecen los que maldicen, cuando las ramerías y los seductores se hunden en el destino que se han ganado, bien podemos llorar por tales pecadores. Pero cuando estos que han caminado entre nosotros y casi han sido reconocidos como creyentes, son desechados porque les falta lo único necesario, ¡parece suficiente para hacer llorar a los ángeles!

Oh miembros de las Iglesias, bien podéis retomar el clamor de Jeremías cuando recordéis las multitudes de estos que tenéis entre vosotros, hombres que tienen nombre de vivos y están muertos. Y otros, que, aunque profesan no ser cristianos, están casi persuadidos a obedecer a su Señor y Maestro, pero aún no son partícipes de la vida divina de Dios. Pero ahora querré, si puedo, insistir un poco más sobre este patético tema en vuestras mentes. En el día en que Jeremías lloró esta lamentación con un clamor muy fuerte y amargo, Jerusalén estaba en todo su gozo y alegría. Jeremías era un hombre triste en medio de una multitud de juerguistas.

Les dijo que Jerusalén sería destruida, que su templo se convertiría en un montón y que Nabucodonosor lo derribaría. Se reían de él hasta el desprecio. Se burlaron de él. Aun así, la viola y el baile solo se veían. ¿No te imaginas a ese valiente anciano, porque era valientemente quejumbroso, sentado en los atrios del Templo? Y aunque los pilares aún no habían caído y el techo de oro aún no estaba manchado, levantó las manos y se imaginó esta escena del Templo de Jerusalén quemado con fuego, sus mujeres y sus niños llevados cautivos y sus hijos entregados a la espada. Y cuando imaginó esto, lo hizo como si en espíritu se sentara sobre una de las columnas rotas del templo y allí, en medio de la desolación que aún no era pero que fe, la evidencia de las cosas que no se ven, clamó: "¡Oh, si mi cabeza se volviera agua y mis ojos una fuente de lágrimas!" Y ahora, hoy, aquí están muchos de ustedes, farsantes y juerguistas en esta bola de la vida, hoy están aquí alegres y contentos y se maravillan de que hable de ustedes como personas por las que debemos llorar. "¿¡Llora por mí!?" dices: "¡Tengo salud, tengo riquezas, disfruto de la vida! ¿Por qué llorar por mí? ¡No necesito nada de tu llanto sentimental!"

Ah, pero lloramos porque prevemos el futuro. Si pudieras vivir aquí para siempre, tal vez no lloraríamos por ti. Pero nosotros, con el ojo de la fe, esperamos el momento en que los pilares del Cielo deban tambalearse. Cuando esta tierra deba temblar, cuando la muerte deba entregar su presa. Cuando el Gran Trono Blanco deba ser colocado en las nubes del Cielo, y los truenos y relámpagos de Jehová sean lanzados en ejércitos. Los ángeles de Dios se reunirán en sus filas para aumentar la pompa del gran tribunal; esperamos esa hora y por fe te vemos de pie ante el Juez. Vemos su mirada fija en ti, le oímos leer el libro.

Marcamos tus rodillas vacilantes mientras frase tras frase de ira atronadora golpea tu oído horrorizado. Creemos ver sus semblantes pálidos. Marcamos su terror más allá de toda descripción cuando Él grita: "¡Apártense, malditos!" Escuchamos tus gritos. Te escuchamos gritar: "Las rocas nos esconden. ¡Las montañas caen sobre nosotros!" Vemos al ángel persiguiéndote con una marca de fuego; oímos tu último grito indecible de aflicción mientras descienes al abismo del Infierno. Y te preguntamos si pudieras ver esto como lo vemos nosotros, ¿te extrañarías que al pensar en tu destrucción estemos preparados para llorar? "¡Oh, si mi cabeza se hiciese agua y mis ojos un manantial de lágrimas para llorar" por vosotros que no compareceréis en el juicio, sino que seréis arrojados como paja al fuego inextinguible!

Y con el ojo de la fe miramos más allá. Miramos hacia el futuro sombrío y terrible: nuestra fe mira a través de la puerta de hierro cerrada con diamante. Vemos el lugar de los condenados. Nuestros oídos, abiertos por la fe, escuchan: "¡Los gemidos hoscos y los gemidos huecos y los chillidos de los fantasmas torturados!" Nuestros ojos ungidos con colirio celestial ven el gusano que nunca muere. ¡Contemplamos el fuego que nunca puede apagarse y te vemos retorciéndose en la llama! Oh profesantes, si no creyeráis en la ira venidera y en el Infierno eterno, no me extrañaría que no os conmovierais ante un pensamiento como este. Pero si crees lo que dijo tu Salvador cuando declaró que destruiría tanto el cuerpo como el alma en el infierno, debo maravillarme de que puedas soportar el pensamiento sin llorar por tus semejantes que van allí.

Si veía a mi enemigo marchando hacia las llamas, me precipitaría entre él y el fuego y trataría de preservarlo. ¿Y verás a hombres y mujeres marchar en una loca carrera de vicio y pecado, bien conscientes de que "la paga del pecado es muerte", y no interpondrás ni siquiera una lágrima? ¿Qué? ¡Eres más brutal que la bestia, más impasible que la piedra! Debe ser así, si el pensamiento del indecible tormento del Infierno no hace brotar lágrimas de vuestros ojos y oración de vuestros corazones. ¡Oh, si hoy algún arcángel fuerte pudiera abrir las puertas del Infierno y por un solo segundo permitir que las voces del llanto llegaran a nuestros oídos, oh, cómo nos afligiríamos! Cada hombre pondría su mano sobre sus lomos y caminaría por esta tierra aterrorizado. Ese grito podría hacer que cada cabello se erizara sobre nuestras cabezas y luego hacernos rodar en el polvo por la angustia y el dolor.

***“Oh, doloroso estado de oscura desesperación,
cuando Dios se ha alejado mucho,
y ha fijado su tembile posición donde
no deben saborear su amor”.***

¡Oh, si mi cabeza se hiciese agua y mis ojos una fuente de lágrimas, para que pudiera llorar por algunos de vosotros que vais allá este día! Recuerda, de nuevo, oh cristiano, que aquellos por los que te pedimos que llores este día son personas que han tenido grandes privilegios y, en consecuencia, si los pierden, deben esperar un castigo mayor. Hoy no pido vuestras simpatías por los hombres de tierras extranjeras. No os pediré que lloréis por los hotentotes o los mahometanos, aunque podáis llorar por ellos y tenéis buenos motivos para hacerlo, pero os pido hoy vuestras lágrimas por la muerte de la hija de vuestro propio pueblo. ¡Oh, qué multitudes de paganos tenemos en todos nuestros lugares de adoración! ¡Qué multitudes de inconversos en todas las bancas de los lugares donde solemos reunirnos para adorar a Dios!

Y puedo agregar, cuántos cientos tenemos aquí que están sin Dios, sin Cristo, sin esperanza en el mundo. Y estos no son como los hotentotes que no han oído la Palabra: la han oído y la han rechazado. Muchos de ustedes, cuando mueran, no pueden alegar como excusa que no conocieron su deber. Oíste que te lo predicaron claramente. Lo escuchaste en todos los rincones de las calles. Teníais el Libro de Dios en vuestras casas. No puedes decir que no sabías lo que debías hacer para ser salvo. Usted lee la Biblia, entiende la salvación, muchos de ustedes están profundamente instruidos en la teoría de la salvación.

Cuando perezcas, tu sangre debe recaer sobre tu propia cabeza y el Maestro bien puede llorar por ti hoy: “¡Ay de ti, Betsaida, ay de ti, Corazín! Porque si en Tiro y en Sidón se hubieran hecho los milagros que han sido hechos en vosotras,

Me pregunto a mí mismo este día. Odio mis ojos. ¡Siento como si pudiera arrancarlos de sus órbitas porque no llorarán como yo deseo, por las pobres almas que perecen! ¡Cuántos tengo entre vosotros a quienes amo y me aman! No somos extraños el uno para el otro. No podríamos vivir separados el uno del otro, nuestros corazones han estado unidos por mucho tiempo y con firmeza. Habéis estado a mi lado en la hora de la tribulación, habéis escuchado la Palabra, os habéis complacido en ella. Te doy testimonio de que, si pudieras sacarte los ojos por mí, lo harías. Y, sin embargo, sé que hay muchos de ustedes que son verdaderos amantes de la Palabra de Dios en apariencia, y ciertamente grandes amantes del siervo de Dios, pero ¡ay de ustedes, que todavía deben estar en la hiel de la amargura y en las cadenas de la iniquidad!

¡Ay, hermana mía, puedo llorar por ti! ¡Ay, ay, hermano mío, puedo llorar por ti! Nos hemos reunido en la casa de Dios, hemos orado juntos y, sin embargo, debemos estar

separados. ¡Pastor, parte de tu rebaño perecerá! Oh ovejas de mi pasto, gente de mi cuidado, ¿debo tener ese pensamiento horrible sobre mí, que debo perderlos? ¿Debemos, en el Día del Juicio, decir adiós para siempre? ¿Debo dar mi testimonio contra ti? Seré honesto. He tratado fielmente con vuestras almas. Dios es mi testigo, muchas veces he predicado en debilidad. A menudo he tenido que gemir ante Él porque no he predicado como podría desear. Pero nunca he predicado sin sinceridad. Nadie se atreverá jamás a acusarme de deshonestidad a este respecto.

Ninguna de tus sonrisas he cortejado nunca. Nunca he temido tu ceño fruncido. He estado cansado muchas veces, cuando debería haber descansado, predicando la Palabra de Dios. ¿Pero qué hay de eso? Eso no fue nada. Solo recuerda que hay alguna responsabilidad que recae sobre ti. Y recordad, que perecer bajo el sonido del Evangelio es perecer más terriblemente que en cualquier otra parte. Pero, mis oyentes, ¿debe ser esa vuestra suerte? ¿Y debo ser testigo contra vosotros en el Día del Juicio? Ruego a Dios que no sea así. Ruego al Maestro que nos libre a cada uno de un destino como ese.

Y ahora, queridos amigos, tengo una palabra que agregar antes de dejar este punto. Algunos de ustedes no necesitan mirar a su alrededor en esta congregación para encontrar motivos para llorar. Mis piadosos hermanos y hermanas, tenéis motivos suficientes para llorar en vuestras propias familias. ¡Ay, madre! Conozco tus penas. Tuviste motivos para clamar a Dios con ojos llorosos durante muchas horas de luto. Padre, has criado cuidadosamente a tu hija. La has alimentado cuando era joven y la has tomado cariñosamente en tus brazos. Ella fue el deleite de tu vida, pero ha pecado contra ti y contra Dios.

Muchos de vosotros tenéis hijos e hijas que mencionáis a menudo en vuestras oraciones, pero nunca con esperanza. A menudo has pensado que Dios ha dicho de tu hijo: "Efraín es dado a los ídolos. Déjalo en paz. ¡El hijo de tu cariño se ha convertido en una víbora que te pica el corazón! Oh, entonces llora, te lo suplico. Padres, no dejéis de llorar por vuestros hijos, no os endurezcáis con ellos, por pecadores que sean. Puede ser que Dios todavía pueda traerlos a Sí mismo. Fue en la última reunión de la Iglesia que recibimos en nuestra comunión a un joven amigo que fue educado y criado por un ministro piadoso en Colchester. Ella había estado allí muchos años y cuando se fue a Londres el ministro le dijo: "Ahora, mi niña, he orado por ti cientos de veces y he hecho todo lo que puedo contigo. Tu corazón es tan duro como una piedra. ¡Debo dejarte con Dios!"

Eso le rompió el corazón. Ahora está convertida a Jesús. ¡Cuántos hijos e hijas han hecho sentir lo mismo a sus padres! "Allí", han dicho, "debo dejarte, no puedo hacer más". Pero al decir eso, no han querido decir que los dejarían sin llorar, sino que han pensado dentro de sí mismos que si fueran condenados, los seguirían llorando hasta las mismas puertas del Infierno si con lágrimas pudieran atraerlos al Cielo. ¿Cómo puede un hombre ser cristiano y no amar a

su descendencia? ¿Cómo puede un hombre ser Creyente en Jesucristo y sin embargo tener un corazón frío y duro en las cosas del reino, hacia sus hijos? He oído hablar de ministros de cierta secta y profesores de cierta clase que han despreciado la oración familiar, que se han reído de la piedad familiar y no han pensado en ella.

No puedo entender cómo los hombres pueden saber tanto sobre el Evangelio y, sin embargo, tienen tan poco del espíritu del mismo. Ruego a Dios que te libre y me libre de algo así. No, es nuestro deber instruir a nuestros hijos en el temor del Señor. Y aunque no podemos darles gracia, es nuestro orar al Dios que puede darla. Y en respuesta a nuestras muchas súplicas, Él no nos rechazará, sino que se complacerá en tomar nota de nuestras oraciones y considerar nuestros suspiros.

Y ahora, dolientes cristianos, ya les he dado suficiente trabajo, que Dios el Espíritu Santo les permita hacerlo. Déjame exhortarte, una vez más, a llorar. ¿Necesitas una copia? He aquí a tu Maestro. Ha llegado a la cima de la colina. Ve a Jerusalén recostada sobre el monte frente a Él. Lo mira desde arriba, tal como lo ve allí, hermoso por su situación, el gozo de toda la tierra, en lugar de sentir el éxtasis de algún artista que inspecciona las murallas de una ciudad fuerte, y marca la posición de alguna torre magnífica en medio de un paisaje glorioso, estalla y exclama: "¡Jerusalén, Jerusalén! ¡Cuántas veces quise juntar a tus hijos como la gallina junta a sus pollos debajo de las alas, pero tú no quisiste! He aquí, vuestra casa os es dejada desierta".

Vayan ahora por sus caminos y cuando se paren en cualquiera de las colinas alrededor y contemplen esta enorme ciudad que yace en el valle, digan: "¡Oh, Londres, Londres! ¡Qué grande tu culpa! ¡Oh, que el Maestro os recogiera bajo Su ala y os hiciera Su ciudad, el gozo de toda la tierra! ¡Oh Londres, Londres! ¡Lleno de privilegios y lleno de pecado, exaltado al Cielo por el Evangelio! ¡Serás arrojado al Infierno por rechazarlo!" Y luego, cuando hayas llorado por Londres, ve y llora por la calle en la que vives, como ves quebrantar el sábado y pisotear las leyes de Dios y profanar los cuerpos de los hombres, ¡ve y llora! Llorar, por la corte en que vives en tu humilde pobreza, llora por la plaza en que vives en tu magnífica riqueza.

¡Llorar por la calle más humilde en la que vives en competencia, llora por tus vecinos y tus amigos, no sea que ninguno de ellos, habiendo vivido sin Dios, muera sin Dios! Ve luego a tu casa, llora por tu familia, por tus siervos, por tu marido, por tu mujer, por tus hijos. Llorad, llorad, no ceséis de llorar, hasta que Dios los haya renovado por su Espíritu. Y si tienes algún amigo con quien pecaste en tu vida pasada, sé fervoroso por su salvación. George Whitefield dijo que hubo muchos jóvenes con los que jugó a las cartas en su vida y pasó horas perdiendo el tiempo cuando debería haber estado en otros asuntos. Y cuando se convirtió, su primer pensamiento fue: "Debo, por la gracia de Dios, convertir a estos también".

Y nunca descansó, hasta que pudo decir que no sabía de uno de ellos, un compañero de

su culpa, que ahora no era un compañero con él en la tribulación del Evangelio. ¡Oh, que así sea contigo! No dejes que tus esfuerzos terminen en lágrimas; el mero llanto no servirá de nada sin la acción. Levántense, ustedes que tienen voz y poder, salgan y prediquen el Evangelio, predíquenlo en cada calle de esta gran ciudad. Vosotros que tenéis riquezas, salid y gástala por los pobres, los enfermos, los necesitados y los moribundos, los incultos, los ignorantes. Vosotros que tenéis tiempo, salid y gastadlo en obras de bien. Tú que tienes poder en la oración, sal y ora. Ustedes que pueden manejar la pluma, salgan y escriban la iniquidad, cada uno en su puesto, cada uno en su fusil en este día de batalla por Dios y por Su Verdad.

¡Por Dios y por la justicia, que cada uno de nosotros que conoce al Señor luche bajo Su estandarte! ¡Oh Dios, sin quien todos nuestros esfuerzos son vanos, ven ahora y despierta a Tu Iglesia a una mayor diligencia y un fervor más afectuoso para que no tengamos en el futuro motivos de llanto como los que tenemos este día! Pecadores, crean en el Señor Jesús. Ha muerto, ¡míralo a Él y vive y Dios Todopoderoso te bendiga! A Dios Padre, Hijo y Espíritu Santo sea la gloria por los siglos de los siglos.

EstudiaLaPalabra.org